

Para Deutscher la relación entre lenguaje y pensamiento debe ser revisada sobre estudios científicos más rigurosos que los que, hasta la fecha, se han llevado a cabo y que la lingüística debe completar su objeto de estudio y conclusiones en relación con otras disciplinas; eso y que el tiempo pase, que dejemos avanzar a la ciencia. Puede que lo que hoy no comprendamos, mañana sea algo de manual. Si para Deutscher el lenguaje es espejo y prisma a la vez, puede que a largo plazo sea lento para visualizar con luz el entorno en el que nos envolvemos.

Carmen M.^a Sánchez Morillas
 Universidad de Granada
 csanchez11@ugr.es

Fernández Pérez, Milagros, coord.
Lingüística y déficit comunicativos: ¿cómo abordar las disfunciones verbales? Madrid: Síntesis, 2014. 288 pp. (ISBN: 978-84-90770627)

No es frecuente que en España aparezcan trayectorias investigadoras sostenidas y con proyección internacional. Menos aún que estas se produzcan en el ámbito de los estudios lingüísticos. Se oponen a ello varios factores desdichados entre los que habría que mencionar muy desta-

cadamente la excesiva influencia de los patrones formalistas que desde EE.UU. han venido reclamando la exclusividad de la marca científica, con lo que la lingüística suele ser entre nosotros (y en casi toda Europa) una actividad sectaria consistente en reproducir hasta el infinito las fórmulas proclamadas, que no demostradas, para el inglés en la Meca estadounidense. He aquí una consecuencia insospechada de la doble naturaleza de la actividad verbal, a la vez lingüística y metalingüística, a la que se refería De Saussure cuando observaba que la ciencia del lenguaje debe constituir su objeto a medida que avanza: como los libros sagrados no solo están en inglés, sino que versan sobre el inglés, no se concibe otra actividad científica que la de ejemplificar los patrones del inglés, que hemos leído y en los que creemos, mediante la lengua de cada cual. Una segunda consecuencia del aludido sectarismo es que solo se aceptan confirmaciones de la verdad revelada, viéndose con reticencia los aportes que podrían ponerla en cuestión. La tercera consecuencia perniciosa es que los trabajos en equipo, habituales en las ciencias duras, estarían fuera de lugar en lingüística porque en su punto de referencia inexcusable las genialidades, que cambian el paradigma cada pocos años, son imputables –como su nombre indica– a un genio.

Demasiados obstáculos para que se pueda producir una investigación colectiva, libre de prejuicios y que haga avanzar nuestro conocimiento de la realidad. Sin embargo, se ve que meigas, haberlas, haylas, y este libro es una muestra de ello, casi un manifiesto. Por lo pronto se basa en los resultados de ocho proyectos de investigación, subvencionados por distintas entidades y coordinadas entre sí. O sea que su base empírica constituye realmente el punto de partida, algo completamente inusual en la lingüística moderna, donde lo que se estila es dejar que la llamada conciencia del hablante nativo se explye proféticamente. Solo que esta obra versa sobre patologías lingüísticas y sobre lenguaje infantil, de manera que el profeta acaba pareciéndose más bien a la sacerdotisa de Delfos cuando emitía secuencias incomprensibles que era necesario desentrañar para saber lo que quería comunicar el dios. El aporte no es baladí y quiero destacarlo porque la moda actual favorece ciertas parcelas de estudio como el análisis de la conversación y los marcadores del discurso, y pudiera parecer que este libro sobre los déficit comunicativos se ha escrito siguiendo su estela. No hay tal. Precisamente porque estos estudios suelen estar desvinculados de la tradición retórica, no se conciben de cara a posibles aplicaciones, sino como una

mera descripción de un corpus. *Lingüística y déficit comunicativos* también parte de amplios corpus de datos, cierto, pero no se queda en ellos, aspira a favorecer el desarrollo de determinadas estrategias al servicio de los logopedas y demás especialistas en patología del lenguaje.

Nuevamente nos sale al paso algo obvio, pero por increíble que parezca, inusual: que no se trata de obligar a los discapacitados verbales a rellenar ciertos tests concebidos para los demás hablantes, sino de ayudarles a mejorar su expresión, y la mejor manera de hacerlo es investigar sus estrategias comunicativas para, a partir de ellas, dejar que sean los logopedas los que les ayuden en su proceso de implementación. Las pruebas diagnósticas tradicionales tenían mucho de examen. Una vez establecido un cierto patrón, se clasifica a los alumnos, pacientes, usuarios, lo que sea, conforme al mismo: si hacen menos de tres faltas de ortografía, pasan el examen; si solo son faltas de puntuación, notable; si no hacen ninguna, excelente. Así funcionaba el examen de ingreso a Bachillerato, como las personas que padecemos el plan de 1957 recordamos bien. Pero nadie se paraba a pensar que hay vida más allá de la ortografía y que realmente escribir bien supone mucho más que no cometer faltas ortográficas: hasta los alumnos más torpes logran ex-

presar sus pensamientos por escrito y sus producciones tal vez sean poco elegantes, pero resultan suficientes para casi todas las necesidades de la vida corriente. Los autores recogidos en este volumen aplican consecuentemente dicho criterio. Primero registran los déficit comunicativos que se producen en situaciones comunicativas reales, huyendo de tests y otras pruebas diagnósticas similares; luego analizan el material inventariado, finalmente, aunque no siempre, proponen estrategias de mejora.

Los resultados de dicha pauta investigadora son sorprendentes. La lingüística formal se basaba en un patrón rígido e inflexible. La lingüística que se sustenta en el análisis de un corpus verbal cambia la perspectiva, pues su modelo no es la lengua escrita, sino el habla. Sin embargo, esta *parole* no es la saussureana, que un discípulo del maestro ginebrino estudió en un libro titulado expresivamente *Grammaire des fautes*. Contra lo que creía este autor, Henri Frei, aquí no hay faltas, hay secuencias que ofrecen soluciones específicas para problemas comunicativos propios de las condiciones de los usuarios. Como dice Milagros Fernández Pérez: “La Lingüística de corpus ha trastocado el principio de ‘qué le falta al sujeto (sea un niño en proceso de desarrollo, sea un hablante con algún tipo de déficit) para comunicarse co-

rectamente’, por el de ‘qué logros comunicativos puede conseguir el sujeto con los medios lingüísticos que posee’” (22). Consecuentemente, se opta por un enfoque basado en la pragmática, por analizar la oralidad y no la escritura, y por nuevas estrategias metodológicas que se enfrentan a procesos más que a hechos.

La cita de arriba perfila los dos ámbitos principales en los que se mueve este libro: el análisis del lenguaje infantil, que es acometido por lo que pudiéramos llamar la escuela del noroeste (grupo koiné: Milagros Fernández Pérez, Isabel Fernández López y Gabriela Priego Vázquez) y el análisis de las patologías lingüísticas, que practican autores de la escuela del este, de Valencia (Carlos Hernández Sacristán, Beatriz Gallardo Paúls, Verónica Moreno Campos) o de Murcia (Sonia Madrid Cánovas). Unos y otros mantienen estrecha relación con investigadores del ámbito disciplinar de la psicología, respectivamente de Oviedo (Eliseo Díez-Itza) y de Valencia (Vicente Rosell Clari). Se podría decir que lo anterior era lo esperado, y sin embargo tal conclusión se basa más en convicciones epistemológicas que en comprobaciones empíricas. Entendámonos: que los distintos grupos de investigación se especialicen en problemas diferentes es lo que sucede en química o en biología, pero

no en lingüística, donde tenemos, sobre todo en España, la mala costumbre de picotear aquí y allá, hasta el punto de que casi todo investigador que se precie acaba pronunciándose sobre todo lo divino y lo humano. Es cierto que, como aconsejaba Jakobson, *linguista sum, linguistici nihil a me alienum puto*, pero era Jakobson, un maestro que creó toda una teoría y que naturalmente tenía que probarla. Fuera de estos casos excepcionales, sería deseable que los lingüistas trabajasen en parcelas concretas hasta agotar las respuestas: así lo hacen estos dos grupos de investigación y los resultados confirman la idoneidad de la elección.

Con todo, no se encierran en una visión parcelada porque practican la interdisciplinariedad. Hermosa palabra, que está de moda, pero que casi nadie sabe practicar. Pues no consiste en reunir en un mismo cesto las aportaciones de dos o más disciplinas y dejar que reposen las unas al lado de las otras. Es común en psicolingüística que los lingüistas que la practican no manejen ninguna técnica psicológica y también es habitual en psicología del lenguaje que los psicólogos afectos a la misma no sepan realmente cómo son las lenguas y exhiban una pobre visión de ellas. No es el caso del libro ni de los autores que nos ocupan, por lo que imagino que la contribución de los psicólogos a las

investigaciones de este equipo no es meramente testimonial. Se advierte de inmediato que, en cuanto al sustento psicológico de sus análisis, los lingüistas reunidos aquí saben de lo que hablan: hasta presentan una justificación de su postura en la línea del conexionismo de Sidney Lamb, otro raro lingüista creador de una teoría y al que la historia de nuestra disciplina no ha hecho justicia (hasta ahora). Bienvenida sea esta rama española de la psicolingüística que hasta ahora casi estaba inédita.

Me resulta difícil dar una visión panorámica que pueda hacer justicia a las riquezas contenidas en este texto. Comenzando por el capítulo 1, es de destacar cómo Milagros Fernández insiste en que la lingüística clínica constituye una base de estrategias comunicativas susceptible de ser aprovechada por los logopedas, antes que un sustento empírico viable para la teoría del lenguaje. Coincido plenamente con ella. No se puede estudiar la tensión arterial con los datos de las personas hiper o hipo tensas, sino justamente con los de las personas sanas, y lo mismo cabe decir de la afasia o del trastorno específico del lenguaje. De lo que se trata es de trazar el perfil comunicativo del sujeto, en la línea de Crystal y en general de la neurolingüística inglesa que la autora toma como referencia. Por otro lado, en una línea típicamente jakob-

soniana, estos desarrollos evolutivos de los lenguajes deficitarios se confrontan con el desarrollo del proceso adquisitivo en los niños (estudiado empíricamente por dos integrantes del grupo koiné, Isabel Fernández y Gabriela Prego, en el cap. 2); la consecuencia es que en el capítulo 3 (de Isabel Fernández y Milagros Fernández) se proponen baremos y estrategias de evaluación de dicho progreso en el uso de las habilidades verbales. Insisto en lo del uso: la bibliografía del final del libro cita el trabajo clásico de Jakobson por su edición inglesa (*Child language, aphasia and phonological universals*), con lo que se da una impresión equivocada de la idea del lingüista ruso y de lo que se sostiene en el libro coordinado por Milagros Fernández; en realidad, el título original era *Kindersprache, Aphasie und allgemeine Lautgesetze*, es decir, que se estudian las leyes fonéticas generales a las que se llega por un proceso de generalización realizado tanto por los investigadores como por las personas de lenguaje deficiente o por los propios niños. Nada hay aquí de universales innatos –a lo Chomsky-Halle– y ni siquiera de universales descriptivos tipológicos: en los procesos comunicativos el código se va elaborando y reelaborando a partir de los datos. Y es que los lingüistas somos tal vez los únicos científicos que procedemos de la misma manera que nuestro objeto

de estudio, los hablantes. Pero para comprender esta verdad elemental es preciso partir –en la línea de Coseriu, aunque aquí se parta de referencias más modernas como Slobin o Tomasello– del hablar como categoría fundante, no del enunciado, es decir, se requiere adoptar una perspectiva comunicativa como la que asumen los autores del libro. Como dicen Isabel Fernández y Milagros Fernández: “Desde hace ya algunos años se viene subrayando el pronto desarrollo de actitudes pragmáticas en el proceso de adquisición de la lengua. Como si las dimensiones comunicativas básicas resultaran prioritarias y esenciales para la andadura inicial de la actividad [...]. Adquirir el lenguaje es desarrollar progresivamente una lengua. Las vertientes de emergencia verbal mostradas en el habla infantil no pasan en exclusiva por el componente gramatical. Conviene no olvidar el papel estelar de funciones pragmáticas en las actitudes comunicativas del bebé” (108-09). De ahí resultan una serie de criterios de evaluación atentos mucho más al desarrollo de destrezas comunicativas que a lo que tradicionalmente constituía la preocupación de los lingüistas, a saber, la construcción de la gramática. Dichos criterios deben evitar ceñirse a patrones binarios de evaluación porque dejan escapar numerosos matices presentes, pero no registrados, en las

muestras. Como se puede ver, hay aquí una tensión (que no una contradicción) entre la complejidad analógica del lenguaje y los presupuestos digitales en los que se basa necesariamente el metalenguaje.

La segunda mitad del libro versa sobre el habla adulta mermada y reúne estudios del grupo del este. Como en la primera, se adopta una perspectiva pragmática, que privilegia los factores comunicativos frente a los gramaticales, que eran los que interesaban sobre todo a la perspectiva tradicional. Su singularidad respecto a los estudios de lenguaje infantil del grupo del noroeste estriba en que se examinan interacciones entre el habla de un adulto con déficit y un adulto sin él (el investigador), lo cual plantea un escenario metodológico diferente, puesto que este va orientando inevitablemente las producciones del paciente al tiempo que anota sus esfuerzos por darse a entender y hasta para justificar lo que hace. De ahí resulta, como observan Carlos Hernández y Verónica Moreno, en la línea de Paradis, que estos intercambios se mueven en un doble plano, el del saber procedimental frente al saber declarativo. Hasta el momento el que había centrado la atención de los investigadores era el segundo. Ahora se insiste en volver la atención hacia el primero porque “el uso del lenguaje se manifiesta comúnmente como ex-

presión de un saber que no solo es implícito, sino que debe serlo para asegurar sus condiciones de *naturalidad*” (142). Este cambio de perspectiva determina un tipo de evaluación diferente porque según estos autores: “Resulta observable cierta confusión a la hora de determinar si lo evaluado o el objeto de rehabilitación es un saber declarativo o un saber procedimental sobre el lenguaje. Determinadas tareas incluidas en protocolos de rehabilitación parecen confundir estas dos situaciones. Más aún, suele identificarse, sin más, conducta verbal con uso declarativo del lenguaje e, incluso, con el discurso explícito propio de un saber gramatical. Nadie negará, sin embargo, que no evaluamos en el paciente su capacidad como gramático, sino su capacidad como hablante” (143). Este rechazo del saber declarativo se relaciona con la excesiva importancia que se le concedía en los manuales de aprendizaje de segundas lenguas, con lo que Hernández y Moreno vienen a adoptar una postura parecida a la de Krashen (1983) cuando atribuye a dicho saber un mero papel auxiliar en calidad de *monitor* que regula la emisión de ciertas secuencias incorrectas. Por ello critican tanto el tipo de datos manejados como la clase de tareas propuestas: así la evocación de asociaciones léxicas se suscita requiriendo la elaboración de listados de palabras,

mientras que en la vida real de la lengua dichas asociaciones suelen ser más bien sintagmáticas. Ello les lleva a rechazar los clásicos experimentos y a basarse en el análisis por niveles de grabaciones de sujetos con afasia, extrayendo lo que denominan datos naturales y obteniendo resultados novedosos: “El uso de datos naturales y en contexto espontáneo nos permite ofrecer una caracterización sintomatológica de la afasia que, por una parte, difiere en bastantes extremos de lo observado a la luz de métodos experimentales y que, por otra parte, aporta datos complementarios” (156).

Sin embargo, la observación de pacientes no basta para encontrar un tratamiento logopédico adecuado. En el capítulo siguiente, que firman Carlos Hernández y Vicente Rosell, se pasa revista a las clasificaciones neuropsicológicas tradicionales de la afasia y se concluye que se trata de taxonomías politépicas, probabilísticas y a menudo no susceptibles de ser enlazadas con las funciones del cerebro normal. Seguidamente se examina una alternativa reciente que gozó de bastante predicamento a finales del siglo pasado, la neuropsicología cognitiva (Caramazza, Ellis y Young), donde se extraen conclusiones sobre el funcionamiento de la mente normal a partir de patrones de habilidades afectadas observadas en pacientes con lesiones cerebrales, ya que am-

bos cerebros, el normal y el afectado, funcionan mediante la interacción de los mismos módulos. Dicha perspectiva supone la asunción de varios supuestos: modularidad, isomorfismo (cada módulo tiene una base orgánica específica), fraccionabilidad (las lesiones afectan a unos módulos, pero no a otros), sustractibilidad (se supone que la conducta alterada es el resultado de restar la del módulo afectado a la del cerebro normal). Sin embargo, este modelo de la neuropsicología cognitiva también presenta disfunciones, en especial que no es fácil encontrar disfunciones relativas a un solo módulo y que no se manejan datos estadísticos. Por ello el grupo del este propone una revisión del concepto mismo de lenguaje en el que las producciones se tratan al mismo tiempo que las condiciones de uso, planteamiento que enlaza con los estudios paidolingüísticos del grupo del noroeste. Dicha revisión, que llaman paradigma pragmático-funcional, consistiría básicamente en que una actividad comunicativa originaria basada en señales se pone al servicio de la función simbólica. Aunque no me consta que los autores hagan referencia a ello, se trata precisamente del mismo planteamiento que subyace al conocido libro de Terrence W. Deacon (*The Symbolic Species: The Co-evolution of Language and the Brain*, 1997), lo cual permi-

tiría establecer una relación entre el origen de la facultad lingüística y el del lenguaje en cada niño, tendiendo así un puente con los desarrollos del grupo gallego.

Los tres últimos capítulos de este libro ejemplifican casos concretos de lenguaje afectado examinados desde dicha perspectiva pragmático-funcional: el de Beatriz Gallardo y Sonia Madrid se ocupa de los niños sordos con implante coclear y del trastorno por déficit de atención y/o hiperactividad (TDHA); el de Eliseo Díez-Itza estudia ciertas discapacidades intelectuales como el síndrome de Williams, el síndrome de Down y el síndrome X-frágil; finalmente el de Sonia Madrid valora algunas alteraciones de la lectoescritura como la dislexia, la alexia y la agrafia. Además es de destacar que todos ellos adoptan un punto de vista comparativo, pues los tres analizan más de un síndrome y lo comparan con otro(s) llegando a la conclusión de que son las condiciones de desarrollo, más que el sustento biológico, las que determinan su evolución dinámica.

Como consideración final me gustaría destacar que *Lingüística y déficit comunicativos* no es un libro de alusión en el que se recoge un conjunto de artículos más o menos ajustados al título. Al contrario, constituye una exposición puesta al día de los logros de una línea de investigación pro-

metedora que se está produciendo en dos focos periféricos de España, el gallego-asturiano y el valenciano-murciano. Entre ambos existen notables concomitancias metodológicas y de concepción del lenguaje, aunque los primeros se dediquen sobre todo al lenguaje infantil y los segundos a la lingüística clínica. Echo en falta la tercera pata del banco, la lingüística aplicada a la enseñanza de segundas lenguas, porque muchas de las disfunciones observadas en niños y en pacientes se dan entre los aprendices de L2. También me habría gustado como lector que la inmensa bibliografía citada figurase en una relación final en el libro, en vez de tenernos que contentar con una selección de obras punteras dejando todas las demás para una consulta en la red accesible mediante un enlace. Ya supongo que esta es la política de la editorial, pero me parece injustificada y gratuita. En cualquier caso se trata de carencias menores que no hacen palidecer lo que este libro representa: un panorama, labrado con investigaciones originales y metodológicamente sólidas, de lo que podría ser la lingüística aplicada a los déficit comunicativos en un futuro próximo.

Ángel López
 Universidad de Valencia
 angel.lopez@uv.es